

prender que de haber nacido en una ciudad aristocrática y doria, despojada por cualquier oligarquía de las libertades atenienses, jamás ejerciera la vena de su crítica ni levantara la obra de su teatro.



OLIMPIAS

Con tal nombre pasó á los siglos la madre de Alejandro, la esposa de Filipo. Y el estudio de su temperamento, de su educación, de sus creencias, deben servirnos para conocer temperamento, creencias y educación en el guerrero que llevara por todo el viejo mundo la cultura y la civilización helenas. Grecia creció tanto en el siglo de su madurez, que no podía contener las ideas y las inspiraciones dentro del cauce de su territorio propio. Tantas riquezas intelectuales y artísticas, sumando una cantidad enorme de sustancia etérea, espiritual, sublime, debía desbordarse como la corriente del Nilo y regar con su luz el mundo asiático. Nuestro joven Occidente se hallaba entonces en estado tal, que cumplía su ministerio civilizador Grecia en su seno, erigiendo colonias por sus costas, ya juntas con las colonias fenicias, ya sobrepuestas á las colonias

fenicias. Pero en el mundo asiático necesitaba seguir otros diversos proceder. Aun sembrándolo de colonias, había menester una gran fuerza para defender y salvar su siembra. Los occidentales no podíamos pensar en invadir á Grecia, mientras que los orientales no lo pensaban, lo hacían. Estados griegos, extendidos por los mares de Jonia y por el Asia Menor, eran puestos á cada paso en litigio cruento, merced á demandas en guerra y á irrupciones terribles de los reyes asiáticos. En estas esfinges de la casta y de la magia no podía entrar la idea de que hubieran podido vencerlas y desacatarlas tristemente los gárrulos retóricos de Atenas, tenidos allá en los templos y en los palacios asiáticos por unos despreciables histriones. El desquite de Maratón, Platea y Salamina, perturbaba la inteligencia de los déspotas y corría como una consigna sagrada de labio en labio entre los sátrapas. Grecia tenía que defenderse, y para defenderse no había otro remedio sino atacar. Imposible la pura defensiva en el eterno combate entre ambos mundos enemigos. Las victorias de Grecia sobre medos y persas quedarán todas sin resultado ni sentido si no siguiera la dominación permanente al triunfo transitorio. Una dificultad enorme, sin embargo, había para todo esto. La condición de aquellas repúblicas mercantiles, que se prestaba mucho al

arte, al comercio, al saber, al trabajo en todas sus actividades, no se prestaba ya, en cambio, al temperamento guerrero y al organismo militar. El asiático, para emprender estas conquistas, había sacrificado su libertad. Los dioses tomaban aspecto de fuerzas destructoras, las naves componían batalladoras escuadras, las liturgias eran como interrogaciones corporales previas para el combate, los palacios como cuarteles poblados de numerosos ejércitos en armas, la sociedad como una fortaleza, los emperadores como generales, la vida entera como una batalla perpetua, la finalidad de todo aquel universo la guerra y la conquista. No podía revestir igual forma ni obtener igual temperamento la democracia helénica. Componíase de ciudadanos que trabajaban á una con su alma y con su cuerpo. La navegación serena, la industria creadora, el cambio y el comercio perpetuos, constituían las ocupaciones de su vida, en sumo grado armoniosa. Aquellas trirremes doradas y ceñidas de guirnalda, aquellos productos elaborados como elaboran mundos los dioses, el gobierno electivo, el parlamento resonando elocuencia y acompañado de música, los acompasadísimos hexámetros, las perfectas estatuas, el teatro por tipos como el de Antígona ocupado, el intercolumnio parecido al coro, la columna saliendo de su plinto á su chapitel

en guisa de una estrofa, el discurso tan inspirado como el himno, sus ejercicios bélicos encerrados en palestras y en hipódromos, sus asambleas acompañadas por los juegos píticos, sus lecturas de historias al aire libre, sus atletas armados de lanzas áureas y ceñidos de cimeras multicolores, sus dioses tranquilos, todo su sér, en fin, estaba dispuesto para la ciencia, para la paz, para la libertad, como cumple á una democracia que debe revestir la forma perfecta de olímpica república. La parte de Grecia donde predominara el elemento aristocrático, dorio, guerrero, se hallaba constituida bajo una realza, y no divertía su pensamiento de la guerra en consonancia plena con su particular complexión. Pero contra esta parte de Grecia protestó la Grecia jonía, democrática, republicana, y con ella luchó en el conflicto supremo conocido con el nombre característico de guerra del Peloponeso. Esta guerra puede bien definirse con la fórmula siguiente: resistencia del elemento jonio y democrático al elemento dorio y monárquico para que no representara éste con sus caracteres de guerrero y de conquistador á toda Grecia.

La rivalidad entre Atenas y Esparta debía traer el predominio de cualquier otro estado fuerte y vigoroso. Entre los que se iban formando, ninguno dotado de las facultades y medios para levantarse

con el ministerio altísimo de unir Grecia y lanzarla sobre Asia como la formidable Macedonia. Colocada en las regiones del Norte, su frío clima y ásperos declives le daban cierto vigor, conducente á establecer allí una severa disciplina que aunase muchas fuerzas y las dirigiese contra el común enemigo de la patria griega. Ésta, dotada con facultades eximias, que tan brillantes lauros le granjearon, así en artes como en ciencias, no había conseguido jamás aquella unidad interior de su espíritu bastante á imponerla en sus trabajos y en sus esfuerzos contra una región enemiga tan extensa y enorme como Asia. Cada ciudad pretendía tener la hegemonía sobre todo el territorio heleno, y cada partido la dirección y gobierno de su respectiva ciudad. Esparta unas veces, Atenas otras, ya Corinto, ya Tebas, pugaban por el predominio absoluto en porfías inacabables, las cuales engendraban largas y ruinosas guerras. El Anfitionado, asamblea federal, hecho para coordinar todos aquellos elementos discordes, no conseguía, ni autoridad en sí mismo, ni mucho menos obediencia en los demás. El desacato á Delos complicaba las guerras verdaderamente regionales con guerras verdaderamente religiosas, á las que se unía un profundo y terrible malestar social. Sólo el heroico valor de la raza helena pudo intentar expediciones como las dos célebres del esparta-

no Agesilao y del ateniense Xenoponte. Pero estas increíbles audacias, productos de temeridades aisladas y no de sistemas rigurosos, servían, á lo sumo, para hurgar en vez de vencer y subyugar á Persia. El pensamiento heleno se recogió en Macedonia; pero Macedonia no podía, no, asimilarse tal fruto de la común cultura patria sin destrozar á ésta como se destrozan en las asimilaciones todos los elementos asimilables. Macedonia, para encender en el genio griego la inmortal antorcha que iluminara el Asia y consumiera todas sus escorias en bien de la civilización universal, necesitaba romper la trípode maravillosa en cuyo centro aquel genio brillara y ardiera. El espíritu heleno tenía un calor tan derivado íntimamente de su brillo, que había trascendido al Oriente y modificado con sus rayos activos y eficaces, desde tan apartado centro, la vida misma y el espíritu interior de sus mayores enemigos. Y si esto pasaba lejos de su centro y de su acción, imaginaos lo que pasaría cerca, en regiones unidas á su tierra y en razas excelsas de su propia sangre. Macedonia estaba en el Norte de Grecia, y aunque la proximidad á Tracia é Iliria le hubiese prestado mucha parte de su vida, todo el fondo suyo quedaba íntimamente griego. Aristóteles nos cuenta que de los pueblos helénicos, tres tan sólo mantuvieron monarquías, á saber: los molosos, los

macedonios y los espartanos. En Esparta la monarquía dominaba por su debilidad, y en Macedonia por su fuerza. Las leyes fundamentales habían puesto un freno muy férreo al poder monárquico en Esparta, y las costumbres seculares habíanle dejado una fuerza muy viva en Macedonia. Los montañeses aquellos, dirigidos por su monarca, empezaron bien pronto á pagarse de la cultura helénica, y cuando ya estaban de semejante superioridad bien pagados, podían fácilmente dirigirse contra las regiones del Asia en representación y nombre de Grecia.

Filipo tuvo desde los albores de su espíritu y desde los comienzos de su reinado esta inclinación, á representar Grecia en el mundo y lanzarla sobre Asia. Penetrado profundamente de que no podía cumplir tamaño ministerio sino en una organización militar, dióse á las armas con todo el empeño de las naturalezas que á un mismo tiempo resultan emprendedoras y tenaces. Un Estado tranquilo en medio de la intranquilidad general; unido cuando todo se rompía entre fraccionamientos; disciplinado cuando todo alrededor suyo se disipaba en terribles anarquías; militar, y sujeto por ende á la obediencia más regular, tenía las condiciones más necesarias á un predominio soberano é incontestable. Pero desde luengos tiempos, aquel pueblo militar, aque-

llas costumbres bélicas, el vigor de la complexión macedónica fueron terriblemente contrastados por lo confuso del principio hereditario y por lo indeciso de las regias herencias. Nunca estuvo claro, ni en la legislación macedonia, ni en las costumbres, el modo y manera de suceder en la monarquía. Las usurpaciones y los asesinatos menudeaban como en cualquier palacio de Oriente. Además de tal nativa indecisión, perturbaban la corte macedonia los empeños de atenienses, corintos, tebanos y lacedemonios en dominar allí. Todo príncipe ambicioso y todo pretendiente decidido encontraba contra los reyes más legítimos y contra los sucesores de mejor derecho protección activa en las ciudades helénicas. Si Filipo no tuviera ninguna otra razón para combatir el Atica y Atenas, tuviera el encuentro diario de las intrigas maquinadas en la corte de sus abuelos. Discípulo Filipo del gran Epaminondas, proscripto durante algún tiempo en Tebas, admirador y devoto de ciencias y artes que resplandecían hasta penetrar en los ojos más cerrados á toda luz espiritual, Filipo debía envanecerse mucho con la dirección suprema del movimiento helénico. Y comprendiendo que no podía tomarla sino mediante una fuerte organización militar de su patria, convirtiola en lo que ha pasado con tanto esplendor á todos los siglos y ha precedido

á la legión romana, en falange macedónica. Todos cuantos podían guerrear y someterse á las duras condiciones de un organismo verdaderamente fuerte, guerrero, conquistador, todos, sin excepción alguna, entraron en aquel ejército de tanta fortuna por su vigor y por su pujanza, que pudo someter á los bárbaros circunstantes, y á pesar de las ciudades helénicas y sus ejércitos, arrogarse la hegemonía griega, y en su virtud y con su eficacia dirigirse á las regiones de Oriente, vertiendo en ellas, como una especie de agua lustral, todo el vivaz espíritu de los incomparables helenos. Ciertamente que Grecia resistió mucho tiempo á esta imposición, valiéndose de la fuerza mayor que tenía en sí, valiéndose del verbo de su Demóstenes; pero la incapacidad mostrada por su democracia para unirse dentro de sí misma y encaminarse en armas al mundo asiático, auxilió mucho el empeño y el trabajo de Filipo, el cual más tarde lo transmitió á uno de los hombres que levantarán siempre su frente coronada de laureles sobre todas las edades, y que resplandecerán en los cielos del tiempo con luz y con gloria inextinguibles. Hablamos de Alejandro.

El predominio de Persia y Media en el mundo engendró la superioridad macedónica en Grecia. Una gran parte de los griegos no quería en su

seno autoridad tamaña, pero á los ojos de muchos indudablemente representaba Filipo lo que Napoleón III á los ojos de Italia durante su esclavitud, y lo que Alejandro I, el czar, á los ojos de Grecia durante sus esfuerzos por reconstituir en guerra con los turcos su gloriosa nacionalidad. Filipo seguía con los pueblos griegos, resistentes á su trabajo de unificarlos y someterlos, una política muy semejante á la que sigue Prusia con los pueblos alemanes, indóciles á la unificación sistemática. Así necesitábase para cumplir un ministerio como el que había tomado Filipo, deseoso de transmitirlo íntegro á sus herederos, una mezcla bien difícil del valor con la prudencia. Y teniendo ambos medios tan grande rey, tendió á los griegos sus cadenas como tiende araña tenaz á las moscas su tela, sin perjuicio de levantarse formidable como un león herido y despedazar á cuantos se preservaban de sus hábiles urdimbres. Heredero Filipo de reyes y generador de conquistadores, movíase por una idea, cuya virtud creadora le permitía todos los arrojos del héroe unidos con toda la paciencia del filósofo. Primero quiso apoderarse por fuerza de los vecinos bárbaros y luégo dirigir por fuerza ó por astucia los vecinos ilustres y civilizados. El genio de un hombre pocas veces ha reunido esta mezcla de ductilidad y de fuerza que se creerían

de todo punto incompatibles en el mismo sér é inconciliables en la misma vida. El disimulo de los conspiradores no se aviene con el empuje de los guerreros. Parece la mañosa y hábil astucia un atributo de los débiles. Quien se cree fuerte usa de la fuerza y no retrocede para herir con mayor facilidad, como suelen los traidores y los cobardes. Todos aquellos que han á mano el hierro, no emplean el oro. Conquistar le parece digno á un héroe y corromper indigno, pues la corrupción pudre y envilece así al corruptor como al corrompido. Pero Filipo, que dispusiera de tanto hierro en sus falanges macedónicas, no desdeñaba los usos y empleos del oro. Mil veces ganó á los que no pudo vencer; mil veces corrompió á los que no pudo sojuzgar. Montañés de nacimiento, había conservado en su cuerpo la salud que presta el aire de las montañas; pero esta salud no le había servido á la preservación de su alma, en la que penetró un tanto así la corrupción de Atenas, á quien quiso absorber, como la corrupción de Asia y sus imperios, á quienes quiso combatir. Esta doble naturaleza moral del rey Filipo explicará muchas de aquellas contradicciones inexplicables que resaltan con tantos relieves en su hijo Alejandro: la piedad más caritativa y las crueldades más feroces; la flexión de un filósofo sumada con las inspiraciones

de un artista; la ceguera del apasionamiento y de la embriaguez en maravillosas combinaciones con los presentimientos del artista más inspirado y con la previsión del político más diestro; una especie de locura como aquella que atribuían los antiguos á la obsesión de algún dios, con el cálculo más hondo, más frío y más exacto que pueda concebirse; un escepticismo crítico y una iluminación mística; la voluptuosidad con todas sus intensidades, y la mortificación extrema con todos sus dolores; el aspirar constante á la poesía más alta y el vivir en la realidad más prosaica; neurosis de mujer histérica y resistencias de férreo montañés; concentración maravillosa de oposiciones irreconciliables y de términos contrarios é irreductibles, como si fuera el hombre más hombre de la historia, tanto merced á sus grandezas como merced á sus miserias, las cuales tocaban en los dos extremos de nuestra excelsa y desgraciada humanidad.

Pero no comprenderemos al grande Alejandro si estudiamos á su padre Filipo como si estudiamos á su madre Olimpias. Los hijos suelen tener más de la madre que del padre. Aparte tal indicación fisiológica, muy acreditada vulgarmente, las condiciones del sexo débil dan á éste un predominio natural sobre la generación de ambos sexos. La madre instruye y educa durante la mayor influencia sobre

las criaturas, durante la edad tierna é impresionable de su niñez, que conserva sellos inextinguibles y marcas indelebles. Olimpias comprendió desde bien temprano cómo su principal carácter y su principal prestigio debían derivarse de haber parido á su Alejandro. Así concentró en este hijo de sus entrañas todo el calor de su alma. Mientras la guerra y la política distraían á Filipo, llevándole muy lejos del hogar y de la familia, su mujer se quedaba perennemente allí para imprimir en el alma del hijo su alma personal. Luégo un maestro educa la inteligencia, lo que piensa en nosotros. Y educa una madre amantísima el sentimiento, lo que ama en nosotros. La voluntad crea la vida y determina con sus actividades varias una constante acción. Pues sobre la voluntad ejercen imperio mayor los afectos que las ideas. Y en el caso este, y en la educación de Alejandro, por circunstancias especiales, tenía que ser superior á la participación del padre la participación de Olimpias. Reñidos y separados muchas veces los esposos, en estas riñas, en estas separaciones, Olimpias llevábase consigo su Alejandro, y podía modelarlo á su imagen y semejanza. El héroe admiraba mucho á su padre, pero quería mucho á su madre, y nunca el sentimiento de admiración puede compararse con el sentimiento de cariño, y de cariño filial. Alejandro lloraba una vez,

diciendo cómo su padre, con tantas glorias, le había dejado poco que hacer; pero tratándose de su madre, decía que no le costaba ningún sacrificio verter toda la sangre de sus venas con tal de ahorrar á sus ojos tan amados una lágrima. Soberana, pues, la influencia de Olimpias sobre su hijo.

Olimpias era epirota. Estas mujeres del antiguo Epiro semejábanse á fuertes Amazonas. Los altos montes dan mucho vigor al cuerpo y muchos vuelos al espíritu. Si añadís á esto que Olimpias había nacido en un trono, tendréis idea de la eminencia de su espíritu; y que tal trono había pasado por cruentísimas porfías, tendréis idea de su temperamento belicoso. El sitio donde se meció su cuna le sugirió ambiciones de mando, y la guerra que lo ensangrentó afectos de venganza, movidos todos por el soberano impulso de una voluntad activa y sin descanso. Alzada la tierra de Olimpias entre Iliria y Macedonia por el Norte, la pastoril y abrupta Tesalia por el Oriente, Acarnania y Ambracia por el Mediodía, al Occidente por los mares Mediterráneos, participa en mucho de todos los caracteres helenos y tiene una luminosísima síntesis en su medio ambiente. Los felices valles abiertos en las arrugas de sus montes y coronados con mirtos y adelfas; los tranquilos y celestes lagos que sirven como de un espejo á sus ciudades coronadas por

las diademas luminosas de aquellos cielos clarísimos; las crestas del Pindo en los lejos del paisaje eterizadas y henchidas de armoniosos cánticos; las cordilleras de Grecia que brillan en lontananza, unas veces en transparencias de cristal y facetas de pedrería, otras veces como tapices de raso lila tornasolado con rayas de rosa y violeta; sus jardines plantados en los naturales anfiteatros no bastan á contrastar aquellas rocas áridas y abruptas, donde se afilan con facilidad las espadas y donde tenían los guerreros, trepando por las laderas y saltando sobre los abismos, el valor y la crueldad de combatientes y rapaces águilas. Pues la mujer no se diferencia mucho del hombre aquí en estos territorios agrios y en estas tribus guerreras. Y tan cierta es mi observación, que muchas veces, en los asedios y sitios terribles por donde han pasado las poblaciones del Epiro, vueltas, á fuerza de retroceder, hasta el estado salvaje de una guerra inextinguible, los hombres se han ido al combate duro en campo abierto, dejando guarnecidos los hogares por los pechos varoniles de sus heroicas y mártires mujeres. En la guerra última de Grecia, en esa guerra promovida por Goethe, y por Byron, y por Chateaubriand, por la tribuna de Londres y por la tribuna de París, por el aliento de nuestro fuego, que resucitaba los pueblos enterrados al pie de la Santa Alianza con el